SECCION TERCERA.

ESCRITORES EN PROSA.

CAPÍTULO I.

Escritores en prosa. Políticos, Moralistas y Críticos : Palácios Rubios, Pérez de Oliva, Cervántes de Salazar, Guevara, Rhua, Luis Mejía, Villalóbos y Venégas.

Habiendo hablado ya, con la extension que esta obra permite, de los principales poetas que florecieron en los siglos XVI y XVII, réstanos dar á conocer los escritores en prosa, de que nuestra lengua tiene tambien abundante copia; pero esta misma abundancia hace nuestra tarea difícil, porque hablar de todos es imposible, y en la eleccion nos exponemos á cometer notables omisiones. Mas como el objeto de esta obra es dar á conocer á los jóvenes nuestros principales ingenios, ya manifestando rápidamente sus buenas y males cualidades, y ya presentando muestras de su estilo, para que sepan las fuentes adonde deben acudir para estudiar la verdadera habla castellana; nos persuadimos que aun lo poco que digamos, no solo será suficiente, sino que tambien citaremos autores que, aunque dignos de ser leidos, lo son por escaso número de personas : pasar adelante seria propio únicamente de una historia extensa y erudita de nuestra literatura.

Los escritores en prosa alcanzaron entre nosotros ménos suerte que los poetas : la mayor parte de estos han sido frecuentemente impresos, y sus ediciones andan en manos de todos. Los prosistas, al contrário, quedan por lo regular confinados en las bibliotecas, de donde no se les saca sino de cuando en cuando para consultarlos, siendo en extremo difícil encontrar de muchos de ellos ejemplares. Excepto de média docena, como Mariana, Solís, Cervántes Saavedra, Fray Luis de Granada, Mendoza y algun otro, todos los demas son casi desconocidos de la mayor parte de las gentes; y aun de los citados, algunos hay que no se suelen leer sino á trozos. ¿En qué consiste esta indiferencia? En dos causas principales : en lo voluminosos que son la mayor parte de sus escritos, y en el poco agrado que por lo general ofrece su lectura, ya sea por la materia de que tratan, ya por la manera con que su objeto está desempeñado. Encuéntranse, sin embargo, en todos ellos trozos de verdadera elocuencia, modelos perfectos de lenguaje : allí es donde debiéramos aprender á manejar con destreza el habla castellana, estudiando la propiedad de las voces, y el modo de dar á

la frase un giro elegante y armonioso. Y el descuido en esta parte es lo que ha traido nuestra lengua á perder su antigua gallardía, haciendo que nuestros períodos sean ménos rotundos, y acomodando su marcha, no ya á lo que permite su verdadera índole, sino á la sintáxis prosaica de otras lenguas extrañas, principalmente la francesa.

Para proceder con órden, dividiremos esta parte en cuatro series. La primera tratará de los autores que han escrito sobre objetos de política, moral, crítica ó filosofía : la segunda se reducirá á los escritores sagrados y ascéticos : la tercera comprenderá los historiadores : y para la cuarta dejaremos todos los novelistas.

Una de las causas que dificultaron entre nosotros los progresos de la prosa, fué el empeño que todos nuestros sabios conservaron de escribir en latin, no las obras sobre ciencias y otras materias entendidas de pocos, sino hasta las históricas y aun gramaticales relativas á nuestra propia lengua. Por esta razon, en los escritos de principios del siglo XVI, se advierte todavía cierta dureza en la frase, y alguna aspereza en el lenguaje ; es decir, poca redondez en el período y escasa fluidez en la expresion. Sin embargo, por lo que respecta á la majestad, energía, brio y sencillez, nada tienen que envidiar los escritores de esta época á los que florecieron en tiempos posteriores, y aun á veces los superan en solidez y precision.

No se han de esperar de los escritores políticos, morales y filosóficos de entónces los sistemas y brillantes teorías que tanto abundan en los modernos. Aquellos sabios varones, mas doctos que sistemáticos, mas prácticos que teóricos, mas eruditos que innovadores, estaban poseidos de un profundo respeto hácia cuanto procedia de la antigüedad, y eran ademas profundamente religiosos. Las bases de su saber y de su doctrina estaban, pues, en las obras que nos han dejado los griegos y romanos, en las escrituras, los santos padres, y los doctores de la edad média que habian escrito en latin. No andaban, por consiguiente, en busca de novedades, sino que procuraban nutrir su entendimiento con aquellos escritos, y verter la esencia de ellos en los suyos. Por felices se tenian, cuando lograban acordar á Platon con San Agustin, cuando máximas de moral ó de política vertidas por Ciceron las hallaban conformes con las de algun padre de la Iglesia ; y si á veces ponian algo de su propia cosecha, no paraban hasta conseguir acreditarlo con algun texto, aunque remoto, de los autores que les servian de norma. Su doctrina, por lo tanto, se reducia á consejos apoyados en ejemplos, ya de su propia invencion, ya con mas frecuencia, de historias antiguas, y sobre todo de la historia sagrada. No pretendian reformar el Estado, ni cambiar las instituciones, sino que partiendo de lo que existia, considerándolo como permanente y sagrado, daban solo reglas para obrar dentro de ese círculo inflexible, de cuyos límites consideraban como atentado y sacrílego el salirse. Atrevíanse, es cierto, á dar avisos y amonestar á los reyes porque no por respetuosos eran serviles ; mas tales consejos no estaban fundados en teorías nuevas y osadas, sino en máximas admitidas y respetadas por todos. Así cuanto decian llevaba en sí una autoridad irresistible, y tenia un aire de gravedad y uncion que le prestaba sin igual embeleso.

En los escritos amenos, se notaban por lo general suma gracia y

donaire, profusion de chistes y manejo asombroso de la lengua. Sin embargo, no dirigidas estas dotes por la sana crítica ni un gusto recto, degeneraban en los defectos á que están expuestas, y las agudezas, los retruécanos, los equívocos y aun las chocarrerías groseras deslucen muchas páginas de obras que por otra parte serian modelos acabados en su género.

El primer escritor que encontramos al entrar en el siglo XVI, es *Juan López de Palácios Rúbios*, célebre jurisconsulto, natural de un pueblo de Castilla en el obispado de Salamanca, sin que se sepa el dia de su nacimiento ni el de su muerte. Obtuvo una toga en la Chancillería de Valladolid, y fué luego ascendiendo al Consejo Real ; habiendo merecido por su ciencia que le nombrasen los Reyes Católicos para ser uno de los firmantes y editores de las leyes de Toro. De él ha quedado el *Tratado del esfuerzo bélico heróico*, en cuya obra trata por principios de filosofía natural y moral, apoyados en hechos históricos de los varones mas famosos de la antigüedad, de la esencia, orígen y efectos del valor guerrero, y de sus diversas especies y modificaciones, que constituyen la bizarría y serenidad de un caballero en los diversos trances de la guerra. Su estilo es bastante correcto, claro y suelto; su diccion culta y castiza, y cierto género de gravedad y nobleza realzan su sencillez. Hé aquí cómo habla de la osadía, y de los males que nacen de ella.

« Porque la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideracion á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa : que son osadía y temor. Los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo : por él osa ó teme mas que conviene, ó por honrar su persona ó por conservarla. Cuando la cosa grave, difícil, terrible ó peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente y se inclina á querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

» Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mismo hace por sus fuerzas ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar ó favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que ansí son osados, comunmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas mas que deben; y pensando por esta via mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por les abajar, menospreciándolos, ó á lo ménos no diciendo bien dellos.

» Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque en él sí es vicio cuando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no le debe seguir ni tomar : pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la cual el hombre confía de sí mas de lo que conviene para hacer, y obrar lo que quiere, y cuanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor ó flaqueza tiene en la prosecusion del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo. »

Uno de los mas célebres escritores de aquella época, fué el maestro *Fernan Pérez de Oliva*, que nació en Córdoba por los años de 1493.

Estudió en las universidades de Salamanca, Alcalá y Paris, y en seguida pasó á Roma al lado de un tio suyo, familiar del Papa Leon X, con el fin de adquirir mayor instruccion. Leyó tres años de filosofía, matemáticas y teología en Salamanca; y habiendo sido destinado por su saber y sus virtudes para maestro de Felipe II, entónces niño, murió sin haber podido cumplir con este encargo, ántes de llegar á los cuarenta años.

Ademas de la extension de sus conocimientos, el maestro Pérez de Oliva se recomienda por su incesante desvelo en favor de la lengua castellana. Lastimado del desprecio y abandono en que la tenian los sabios de su tiempo, nunca quiso escribir ninguna de sus obras en latin, en que era aventajado : siendo su ánimo enriquecer el idioma patrio con todo género de doctrina y con los asuntos mas graves. Con este fin se ejercitó primero en trasladar al romance, del latin, las dos tragedias, la *Venganza de Agamenon* y la *Hécuba triste*, que puso en prosa. La segunda prueba que hizo de la lengua castellana, á la cual deseaba comunicar la majestad de las materias filosóficas, tratándolas con estilo que las hiciese mas agradables, fué el *Diálogo de la dignidad del hombre*. Y cuando trabajaba los otros dos diálogos, el uno *Del uso de las riquezas*, y el otro *De la castidad*, atajó la muerte su laboriosa carrera.

Reina en los escritos de este autor un lenguaje superior al de todos los escritores de su tiempo en la belleza, cultura y gravedad de la diccion ; no teniendo otro defecto que la pesadez del diálogo, y cierta insipidez en los interlocutores. Sirva de muestra de su estilo el siguiente trozo en que Aurelio, personaje fingido de dicho diálogo, habla de la vanidad y fama mundana :

« Despues de haber traido al hombre hasta el punto donde se desvanece, me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Esta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que da eternidad á las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes, que es, segun dicen, la vida verdadera, donde claro muestran los hombres su gran vanidad ; pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido.

» ¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido ? ¿dó el pecho para recibir la gloria ? ¿dó los ojos? ¿dó el oir, con que el hombre coge los frutos de ser alabado ?... Las letras de los Egipcios y Caldeos y otros muchos, que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce agora los reyes y los grandes hombres que á ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido : y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure mas el tiempo consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? ¿los fuertes muros de Troya? ¿el templo noble de Diana? ¿el sepulcro de Mausoleo? ¿tantos grandes edificios de romanos, de que apénas se conocen las señales donde estaban? ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo, hasta que tornen los hombres á estar en tanto olvido, como ántes que naciesen; y la misma vanidad se signe despues que primero habia. »

Continuador de la obra de Oliva fué *Francisco Cervántes de Salazar*, erudito escritor, que nació en Toledo por los años de 1521. De muy jóven pasó á Flándes, y vuelto á su patria, entró al servicio del cardenal arzobispo de Sevilla, don García de Loaysa; pero la muerte de este prelado le dejó sin proteccion á la edad de veinte y cinco años. Con esta pérdida y la poca ayuda que encontró en los poderosos, no logró la nacion ver el fruto de muchas insignes obras que tenia dispuestas para la prensa; pero se puede inferir cuánto se debia esperar de este raro talento en sazonada madurez, por la preciosa coleccion de obras, propias y ajenas, que publicó en su juvenil edad, y en las cuales, no solo manifiesta sus muchos conocimientos y vasta erudicion, sino tambien la destreza con que manejaba el idioma patrio. Las mejores muestras de su estilo se encuentran en su continuacion del *Diálogo de la dignidad del hombre* del maestro Oliva, al cual añadió triple materia de la que encontró trabajada de su predecesor, siendo grande la abundancia de cosas que allí recoge y junta, á tal punto que llega ya á cansar su lectura. Su diccion no desmerece en cuanto á propiedad de la de Oliva ; pero el estilo es ménos preciso, elegante y agradable, como se puede ver por el siguiente trozo sobre la guerra.

« Por la guerra se conserva seguramente lo que se posee; por ella se vive mas en sosiego, por ella se han hecho infinitos hombres claros y ilustres, como podéis entender de la historia. Esta pone miedo al contrário para no venir á quitarme lo que es mio : esta hace la paz segura... Con la guerra los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo acobarda mucho á los hombres y los hace emprender cosas con que viven deshonrados. Tambien se deprende en ella á tener en poco la fortuna próspera ó adversa ; porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo del mismo, y enseña los hombres á ser agradecidos, y estimar las cosas en lo que son... Por esta los hombres mas que por ninguna otra cosa se hicieron afamados; y si los que los hechos destos escribieron fueron dignos de loa, ¿cuánta mayor la merecen los que dieron que escribir?... El que la guerra quitára de entre los hombres, quitára la causa de muchas virtudes porque ella hace á los hombres amigos del trabajo, para el cual nacieron y emplearse de tal manera en hazañas ilustres que sean ejemplo: de imitacion á otros, y gloria de sí mismos. »

Otro escritor célebre, perteneciente á la época de Cárlos V, fué *Fray don Antonio de Guevara*, predicador, cronista, autor político, moral, y aun de escritos familiares : por esta razon le corresponderia ser comprendido tambien en las demas series; pero hablaremos especialmente de él en esta, por pertenecer á ella sus dos mejores obras que son el *Reloj de príncipes ó vida de Marco Aurelio* y *el Menosprecio de la corte y Alabanza de la aldea*.

Era Guevara de ilustre familia y de una casa antigua de la provincia de Álava. En sus primeros años siguió la corte de los Reyes Católicos; pero eligió por fin la vida religiosa, profesando en la órden de los frailes menores ; y despues de haber obtenido en ella varios grados y oficios, el emperador le promovió á la silla episcopal de Guadix y despues á la de Mondoñedo. Versado en la teología dogmática, sagrada erudicion, é historia profana, fué predicador y cronista de Cárlos V, y tal llegó á ser su fama, que todos los grandes personajes solicitaban

su correspondencia epistolar, quedándonos de él cartas familiares bastante agudas y festivas. Murió en 1548.

En todas sus obras resplandece una vasta erudicion, y profundos conocimientos políticos y filosóficos, como asimismo cierta experiencia del mundo y de las córtes, adquirida al lado de Cárlos V en sus dilatados viajes por Europa. Su estilo no deja de tener bastante variedad en los tonos : es á veces elevado, grande y enérgico, pero la cualidad que mas sobresale en él es su abundante lozanía, su naturalidad, su facilidad, su graciosa discrecion, la libertad con que dice las verdades y el donaire con que templa la acrimonia de su mordaz filosofía : en cambio es difuso por demas, se repite hasta el hastío, y ahoga sus mas bellos pensamientos con el peso y follaje de palabras superfluas y amplificaciones cansadas.

Escribió su *Reloj de príncipes* para el emperador Cárlos V, presentándole como modelo de soberanos á Marco Aurelio. Hé aquí cómo este emperador lamenta los vicios de los romanos en su tiempo.

« ¿Qué cosa fué antiguamente la policía de Roma ántes que Sila y Mario la amotinasen, ántes que Catilina y Catulo la perturbasen, ántes que Julio y Pompeyo la escandalizasen, ántes que Augusto y Marco Antonio la destruyesen, ántes que Tiberio y Calígula la infamasen, ántes que Neron y Domiciano la corrompiesen? Porque los mas de los príncipes aunque fueron muy valerosos, y nos ganaron muchos reinos, todavía fueron mas los vicios que nos trajeron, que no los reinos que ganaron ; y lo que es peor de todo, que hemos perdido los reinos, y habemos quedado con los vicios.

» Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente se vieron en el sacro senado unos romanos tan antiguos, unas canas tan honradas, unos hombres tan expertos, unos viejos tan maduros, que era gloria de ver lo que representaban, y era descanso oir lo que decian. Pero harta malaventurada es la tierra y de muchas angustias debe de estar cercada, do es tan malo el regimiento de los mozos, que todos suspiran porque resuciten los viejos. Si damos fe á lo que los antiguos dicen, no podemos negar sino que Roma fué madre de todas las buenas obras, como la antigua Grecia fué orígen de todas las ciencias : de manera que el hecho de los griegos era parlar, y la gloria de los romanos era obrar.

» Ya por nuestros tristes hados todo lo vemos contrario en nuestros tristes tiempos, de manera que no sé cuál llore primero, las virtudes y grandezas de los pasados, ó los vicios y poquedades de los presentes ; porque la bondad de los buenos nunca se habia de acabar de loar, y la maldad de los malos nunca habíamos de acabar de reprender. ¡Ó qué cosa fuera ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos ancianos y sabios gozar! Y por contrario ¡qué lástima y afrenta es ahora ver tantos sabios disolutos, y tantos mozos desmandados, los cuales tienen á toda Roma perdida, y á toda Italia escandalizada! »

En este trozo, á pesar de algunas supresiones, se ve todavía que la demasiada afluencia del autor le lleva á desleir la frase aglomerando ideas y palabras inútiles : aun se advierte mas en el siguiente sacado dol *Menosprecio de la corte*.

« Quédate adios, mundo, pues no hay que fiar de tí, ni tiempo para

gozar de tí, porque en tu casa, ó mundo, lo pasado ya pasó, lo presente entre los manos pasa, lo porvenir aun no comienza, lo mas firme de ello se cae, lo mas rico muy presto quiebra, y aun lo mas perfecto luego fenece... Quédate adios, mundo, pues en tu palacio á nadie llaman por su nombre propio ; porque al temerario llaman esforzado, al cobarde recogido, al importuno diligente, al descuidado pacífico, al pródigo magnífico, al escaso modesto, al hablador elocuente, al necio callado, al disoluto enamorado, al honesto frio, al entremetido cortesano , al vindicativo honroso , al apocado sufrido , al malicioso simple, y al simple necio... Quédate adios, mundo, pues traes á todo el mundo engañado, es á saber : que á los ambiciosos prometes honras, á los inquietos mudanzas, á los malignos privanzas, á los flojos oficios, á los codiciosos tesoros, á los voraces regalos, á los carnales deleites, á los enemigos venganzas, á los ladrones secreto, á los viejos reposo, á los mancebos tiempo, y aun á los privados seguro. Quédate adios, mundo, etc. »

Á pesar de su gran fama, el obispo Guevara tuvo émulos y críticos ; y uno de los mas temibles fué *Pedro de Rhua*, de quien se ignoran el lugar y dia de su nacimiento, siendo solo conocido con el título de *bachiller Rhua*, y por haber profesado las letras humanas en la ciudad de Soria, cuyo magisterio regentaba por los años de 1540. Este humanista escribió várias cartas dirigidas á Guevara, reprendiéndole sus errores históricos. Reina en el estilo de estas cartas bastante elegancia y correccion, manifestándose en ellas el profesor docto y entendido, como se puede ver por este trozo tomado de la carta III, en que habla de la verdad histórica.

« Solo hablaré de la fe que la historia ha de tener, y de la necesidad que el escritor tiene de escribir verdad ó verisímile ; porque perdida esta, pierde su autoridad y crédito, finalmente todo su ser. Y cuanto á esto ya sabe V. S. que toda narracion.... ó es doctrinal, ó fabulosa ó historial. La doctrinal requiere verdad ; la fabulosa ninguna verdad pretende ni verisimilitud ; sino solo, so el velo de la fábula, dar algun consejo á los lectores... Ovo tambien filósofos que, so el velo de fábulas, encubrieron secretos naturales, ó las opiniones de sus sectas, lo cual hicieron, ó por encubrir al vulgo como debajo de letras hieroglíficas, los misterios de su secta ó por despertar á los ingenios con las poéticas ficciones á inquirir la verdad... Ovo tambien otro género de escriptores, que aunque publicaron sus obras con título de historias, pero puédense llamar fabulosas narraciones mas que historias, y ellos fabuladores ó poetas, no historiadores, porque entienden en complacer á los oidos con graciosas maneras de decir, y con nuevos ó inopinados casos, mas que con verdaderos hechos...

» Estos llevan las palabras medidas por palabras. Ponen muy á menudo iguales que respondan á iguales, contrarios á contrarios, semejantes á semejantes. Todo su artificio y materia es matizar las palabras, afectar las sentencias, para recrear y mover á los lectores, y no para enseñar la verdad, con un estilo mas apto para pompa que para pelea. Ponen toda su eficacia en el corriente y ruido de la oracion ; pero como rio de avenida, todo es estruendo de palabras ; ó mas de verdad, como rios pequeños, que como llevan poca agua van dando de piedra en piedra,

y al que los ha de pasar en noche oscura, y no los tiene ántes conoscidos, pónenle miedo pensando que van muy hondos. Pero la historia, que como dice Tulio en el segundo libro de *Oratore*, es testigo de los tiempos, es luz de la verdad, es vida de la memoria, es maestra de la vida, es remuneradora de la antigüedad y finalmente es un tesoro de todo lo pasado, en fe y verdad estriba. »

No pinta mal, en su comparacion, el bachiller Rhua, el estilo del obispo de Mondoñedo; y por la muestra se ve que el suyo aventajaba al del ilustre prelado. ¡Lástima que de él no hayan quedado mas obras.

Tres escritores de alguna nota se pueden citar todavía en el reinado de Cárlos V : el *Pronotario Mejía, Villalóbos y Venégas.*

Luis Mejía de cuya vida se ignoran todas las circunstancias, constando solo ser por el título de *Pronotario*, con que se anuncia en su obra, dejó un libro titulado *Apólogo de la ociosidad y trabajo*, con el nombre alegórico de *Labricio Portundo*, el cual fué publicado por Cervántes de Salazar, en 1546, sin duda despues de la muerte de su autor y sin que se le ocurriese dar noticia alguna de este escrito á los lectores. En esta obra manifestó Mejía su mucha doctrina, aunque imita y aun copia frecuentemente la *Vision delectable del bachiller la Torre.* Su objeto es pintar los males que resultan de la ociosidad y los bienes que produce el trabajo. El estilo de este apólogo es puro, claro, natural, noble y bastante correcto, y aunque en el diálogo se siente alguna frialdad y monotonía, brillan de cuando en cuando rasgos de una grande energía y hermosura; sin que en lo general se eche de ménos aquella precision y gravedad de lenguaje propio de los escritos de la moral filosófica. Hé aquí cómo pinta la corrupcion general de costumbres que tiene infestadas todas las clases de la sociedad.

« Veo todas las criaturas ordinariamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creacion, y que derechamente cada una en su especie corren á su fin para que fueron criadas. Solo el hombre veo tan desconcertado, tan desvariado, y olvidado de sí que me parece que fué criado para bien ninguno. Porque veo lo primero, que los que son puestos para dar luz al mundo por vida y ejemplo, y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los mas ignorantes, los mas torpes, y los mas inhábiles para mundanos ejercicios se hallan. Decid, pues, ¿dónde hay mas disoluciones que en los que de ellos son disolutos? ¿dónde hay mas intemperancia? ¿adónde la gula soltó mas la rienda? ¿adónde los adulterios, crímenes incestuosos de vírgenes vestales, ni corregidos ni reprehendidos? ¿adónde la simonía? ¿adónde el poco temor de las excomuniones, sino en estos? ¿Quién nos enseña quebrantar lo que mandan que hagamos, sino ellos? ¿Adónde la hipocresía tiene casa cierta sino en ellos? ¿Adónde es la pérdida de devocion? ¿adónde es el poner temor de Dios, sino en ellos? ¿Qué género de personas funda mas vanidad en sus negocios que ellos? ¿Adónde se esfuerzan mas los temerarios favores? ¿Quién mas usa dar maleficios por beneficios que ellos?

» Pues si destotro lado me resuelvo, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad fingida : veo la triste envidia muy arraigada : veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativo de pecunia. Veo que todos van bordados

de lisonjas, todos llenos de miedos y temores. Todos llenos de esperanzas vanas, y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos. Veo los disfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida. Veo la avaricia muy encumbraba, la vanagloria y jactancia muy suntuosa. Veo los ladrónes muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poner de las leyes; y los hacedores dellas veo ser los primeros transgresores... Veo mas, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo ansimismo todos los estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene. Lo que unos alaban, de otros es muy vituperado : lo que unos tienen por santidad, otros tienen por supersticion : lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso : lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades, todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero. »

Tampoco se sabe la patria, nacimiento y estudio del *doctor Francisco de Villalóbos :* solo se colige de sus obras, que alcanzó en edad adulta á los Reyes Católicos, y que ántes del año 1540 habia concluido su carrera, como escritor, ya anciano, y descontento del mundo, de la fortuna y de la corte, despues de haber sido afamado doctor en medecina, con ejercicio en la cámara del rey Fernando, del emperador y de su hijo Felipe.

Escritor político y científico, no ofrecen ya sus obras el interes que acaso tuvieron al escribirse. Las únicas que pueden leerse con agrado y utilidad, son los *Problemas* que tratan de várias cuestiones de física y moral; el *Tratado de los tres grandes*, á saber : la gran parlería, la gran porfía, y la gran risa; y la *Glosa de la cancion sobre la muerte.* Tiene tambien unos diálogos familiares sobre medicina; y una traduccion de la comedia de *Anfitrion* de Plauto, con sentencia sobre su última escena. Estas composiciones son generalmente mas ingeniosas que brillantes, mas amenas que elegantes, mas juiciosas que nobles, y mas agradables aun por la novedad de las expresiones que por la de los pensamientos. Pero abundan en nacionales donaires, en sentencias floridas; y el estilo es breve, sencillo, claro, aunque su demasiada familiaridad ofende á veces la gravedad filosófica, pecando ademas por incorreccion y desaliño; pero estas faltas las suple con la sazonada crítica y ligereza de su pluma. Hablando en los *Problemas* de los hombres que dejan la vida acomodada por los peligros, dice así :

« Natural enfermedad es de los ánimos humanos desear mando y señorío sobre otros hombres. Y esta flaqueza les quedó desde el hombre primero, que fué transgresor del mandamiento de Dios, por ganar honra; que así se lo prometió el diablo, diciéndole que seria como Dios, sabedor de lo bueno y de lo malo. Y por este punto de honra creyó al diablo ántes que á Dios; y quedó de allí esta inclinacion en él y en todos sus descendientes. Buena es por cierto la honra, y las gloriosas alabanzas que se ganan con la virtud, con condicion que no sea el hombre virtuoso porque le alaben, sino porque la virtud de sí es buena, y no se debe obrar ni amar sino por quien ella es, y no por otro respecto desta vida.

» Y tal honra como esta muy deseada es y muy firme, porque tiene hondos los cimientos, y está edificada sobre humildad; y así no se

pasa trabajo en tenerla ni en buscarla, porque ella se viene de suyo corriendo tras el hombre que va huyendo della. No es así la honra violenta y traida por fuerza : ántes es tan zahareña y fugitiva, que no se puede conservar sino con grandes costas y trabajos de su dueño; con mucha gente que trae á cuestas; con mucho desvelarse, con mucho retraimiento, con muchas envidias, con grandes sospechosas, con muchos bandos, con muchas enemistades, con grandes peligros del cuerpo, y muchos mas del alma. »

El *maestro Alejo de Venégas* fué autor de gran nombradía en su tiempo : se ignora con todo el año de su nacimiento, aunque se sabe que fué su familia noble y su patria Toledo, en cuya universidad leía teología por los años 1545, despues de haber publicando ya la mayor parte de sus obras, entre las cuales fué la primera que vió la luz un tratado de ortografía y prosodia. Su fortuna no fué igual á su mérito; pues vivió siempre atareado para sostener una numerosa familia, y hasta parece que hubo de entrar en la servidumbre del primer conde de Melito, don Diego Hurtado de Mendoza.

Sus obras son : *La Agonía de la muerte*, en la que da consejos para prepararse el católico al último trance; un tratado sobre la *Diferencia de libros que hay en el universo*, los cuales divide en *originales*, *naturales*, *racionales* y *revelados*, es á saber, la ciencia de Dios, de la naturaleza, de las costumbres y del culto religioso; y una *Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos*.

Todos los contemporáneos de Venégas, y sus obras lo prueban, convienen en que fué varon de profunda erudicion sagrada y profana; pero aquellas obras se pueden considerar mas bien como un docto y piadoso compilador, que de escritor elegante. Se conoce que procuraba solo edificar y no agradar : fuera de algunos trozos enérgicos y con algun artificio retórico, casi nada se encuentra de grandioso y elevado; y ántes bien cansa con su prolijidad, sus repeticiones, la vulgaridad de sus símiles y la pesadez de sus glosas. Su diccion es á la verdad clara, pura, sencilla y natural, cual convenia á su objeto; mas pocas veces se encuentra en sus obras la cultura, abundancia y majestad de que ya entónces era capaz la lengua castellana. Con todo, se le puede contar entre los buenos autores prosaicos de su tiempo, aunque no sea mas que por el mérito, raro entónces, de haber preferido la lengua vulgar á la latina en las obras científicas. No creemos, sin embargo, necesario presentar aquí ninguna muestrade su estilo, despues de haber dado á conocer otros escritores que le aventajan.

CAPÍTULO II.

Continuacion de la misma materia : Antonio Pérez, Quevedo, Saavedra, Gracian y Zavaleta.

Pasamos ahora á hablar de escritores harto mas célebres que los anteriores, ya por las circunstancias de su vida, ya por el mérito de sus obras y el puesto que ocupan en la república literaria. Durante el reinado de Cárlos V la lengua castellana se habia ido perfeccionando, y bajo los tres Felipes sus sucesores, llegó á su mayor altura, siendo fecunda, como ya hemos visto, en poetas y en prosistas excelentes.

Los mas afamados de estos últimos, y mas dignos de estudiarse como modelo de lenguaje, son los que corresponden á las otras tres series de las cuatro en que hemos dividido este género de escritos : la que actualmente nos ocupa ofrece sin embargo algunos que si por su estilo no son siempre una guia segura de buen gusto, brillan por cualidades eminentes, teniendo cada cual un carácter particular que le distingue, y siendo harto notables para que no nos detengamos en ellos cual su reputacion merece.

Es el primero, en el órden de los tiempos, el secretario de Felipe II, Antonio Pérez, célebre sobre todo por lo asombroso de su vária fortuna, así en la íntima privanza que logró de un monarca tan reservado y prudente, como en su lastimosa caída. Aquí no nos toca juzgar de su vida política, debiéndole solo considerar literariamente; y por lo tanto, solo diremos de aquella que natural de Madrid, é hijo de Gonzalo Pérez, secretario de Estado que fué del emperador Cárlos V, dió desde muy jóven á conocer su gran talento y sus felices disposiciones para los asuntos de gobierno. Despues de haber estudiado en Alcalá, Padua y Salamanca, fué nombrado secretario de la cámara del Consejo de Italia, hasta que por la gran fama de su saber y particular afecto que le cobró, le eligió Felipe II en 1570 para su secretario de Estado, en cuyo puesto, siendo todavía muy jóven, hizo importantes servicios; y tal confianza inspiró á su soberano, que durante diez años descargó aquel monarca en él todo el peso del gobierno. Sus relaciones íntimas con la princesa de Evoli, favorita de Felipe, y la muerte de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, cuyo asesinato dispuso, aunque segun parece, por mandato del rey, fueron causa de su desgracia, y de que se le prendiese; y si bien al principio no era rigurosa su detencion, fué agravándose diaramente durante once años, hasta dársele tormento y pronunciar contra él sentencia de muerte. En tal extremo, su esposa doña Juana Coello, dispuso y logró su fuga en la noche del 18 de marzo de 1590; y habiendo llegado á Aragon, se le volvió á prender en Zaragoza por el tribunal de la Inquisicion; pero aquella capital se alzó en su favor, conmoviéndose todo el país, y fué preciso que el rey mandase un ejército poderoso para sujetarlo. Viendo Pérez que la causa de Aragon estaba perdida y que no habia ya refugio para él en España, fugóse á Francia donde logró la mas favorable acogida de su monarca Enrique IV, quien le señaló una pension, aunque no quiso nunca aceptar los cargos que le ofreció várias veces, por no decaer en el concepto de sus compatriotas. Murió el año de 1611 en Paris, donde yace sepultado en el convento Real que fué de Celestinos.

La vida literaria de este célebre personaje empieza despues de su fuga á Francia, donde publicó varios escritos políticos y una coleccion de cartas producto de la extensa correspondencia que tuvo con los hombres mas célebres de su tiempo. Sus escritos políticos son las *Relaciones* de su vida, en que habla de sus favores, de su caída, de sus prisiones y desgracias, y los *Comentarios* sobre este mismo libro. Anunció, aunque no se sabe si llegó á escribirla, otra obra titulada *Consejos de Estado*, que hubiera sido sin duda alguna la mas importante de las suyas, pues debia tratar en ella de los negocios mas arduos de gobierno : por desgracia, no la publicó; una manuscrita que se le atribuye, no puede ser suya, por indigna de tan grande hombre de